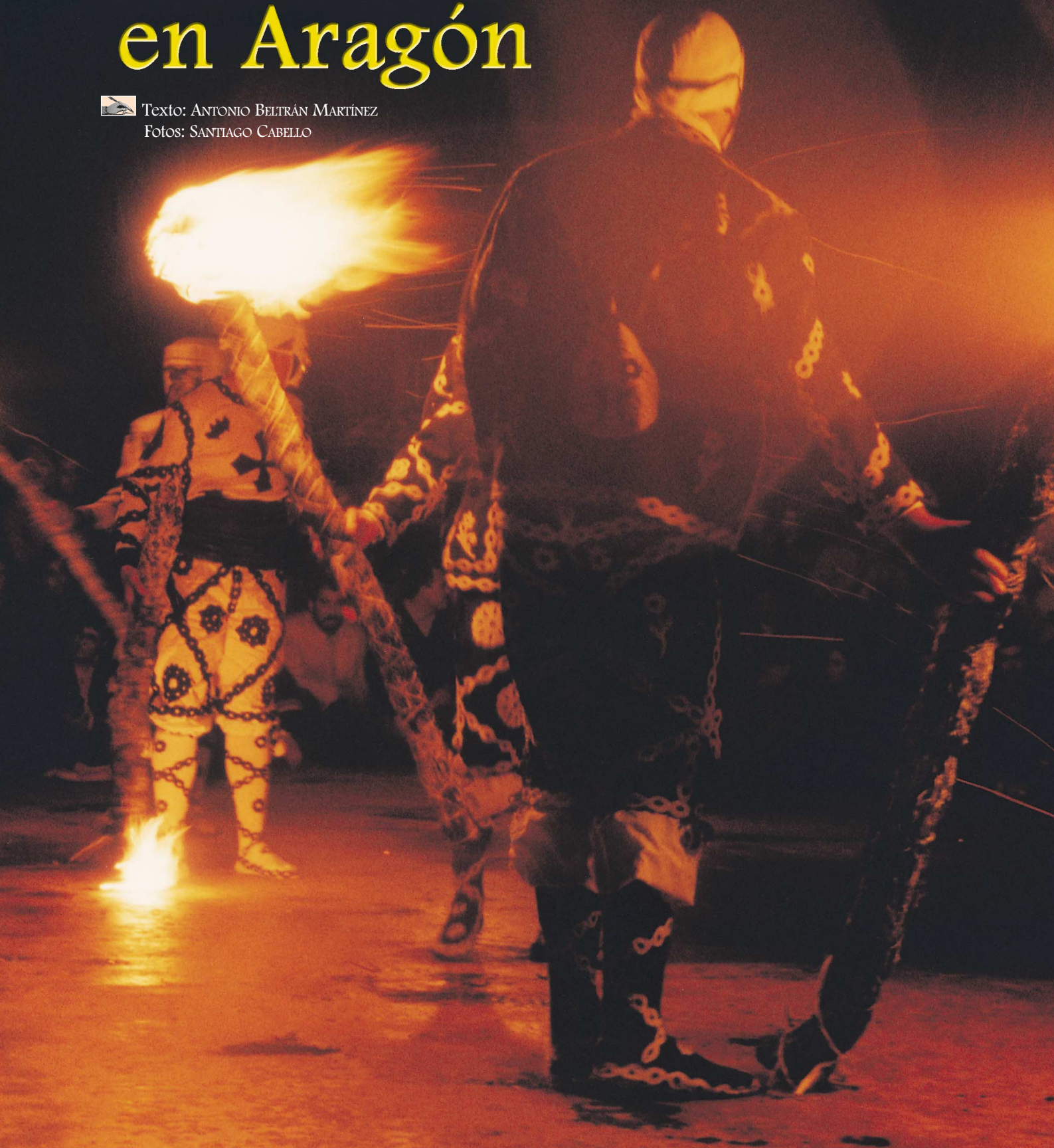


# Danzas, dance y bailes en Aragón



Texto: ANTONIO BELTRÁN MARTÍNEZ  
Fotos: SANTIAGO CABELLO



**D**iccionario en ristre las tres palabras que componen el título de este articulillo pueden parecer sinónimos y, de hecho, como tales se usan. En Aragón distan mucho de serlo en la práctica porque “dance” cubre una fórmula de teatro popular en que si bien bailes de palos, espadas, arcos floridos, “palancas” con cintas y trenzados son parte principal de él, resultan secundarios frente a los diálogos, de labradores y pastores, personalizados en un mayoral y rabadán, de moros (o turcos) y cristianos que pugnan y dejan la victoria a los cristianos, y del bien y del mal, con un ángel y un diablo que los simbolizan y que, de paso, ayuda en niño que hace el papel de ángel del cielo a los cristianos y el cómico Luzbel, portador de luz de los infiernos y a los moros. Loas, “motadas”, “dichos” y referencias a la vida y milagros de los patronos completan los versos y si bien cada elemento aislado puede hallarse en muchos puntos de la Península, la fusión de todos ellos es peculiar de Aragón. Y una revista “oral” con los sucesos del año sólo de Sariñena. La gaita de fuele que tradicionalmente acompaña al “dance” desgrana la música



*Los contradanceros desfilan por Cetina en busca de las autoridades y el cura.*

*En la página siguiente, encendido de las hachas.*

para las “mudanzas” en las que los danzantes de las cuadrillas, de a cuatro naturalmente, mudan los puestos, de donde su nombre, ocupándolos todos sucesivamente. El “dance” se ha convertido en “seña de identidad” de nuestros pueblos, no se conciben las fiestas de Huesca o las de Sariñena y de decenas de pueblos sin los danzantes alegrándolas, acompañando a la procesión ante la peana del santo, penetrando hasta el presbiterio de la iglesia durante el ofertorio y, en síntesis, convirtiéndose en meta de las recuperaciones que, en el año 2001 cifran la conquista del futuro en el apoderamiento del pasado y de las raíces. No cabe en el espacio de este artículo la erudición sobre orígenes y estímulos. Desde luego, no parece anterior al siglo XVII la conjunción de todos los elementos y seguro que en muchos sitios apareció para justificar la impopular medida de expulsión de los moriscos, pero algunos de los elementos pueden remontar hasta la prehistoria.

El componente sacralizado del “dance” puede diferenciar esta manifestación del baile de sentido lúdico, aproximación de sexos y exhibición de habilidades. El “baile” era componente ineludible de la fiesta, junto con engalanar balcones, funciones religiosas y disparo de “bombas reales”. En los medios rurales aragoneses el baile era considerado cosa poco seria y propia de mozos incluso de escaso seso. Claro que puede surgir el contrasentido de las seguidillas de Leciñena, donde las dieciochescas seguidillas pro-







Arriba, el diablo del dance de Cabañas de La Almunia.

Debajo, el baile de cintas.



fanas sirvan para celebrar el prodigio de la aparición de la Virgen de Magallón, huida de este pueblo por el sacrilegio de un delito de sangre cometido en la iglesia, para aparecer en las trochas de los Monegros al pastorcillo Marcén y provocar que las gentes bailen como podrían rezar.

O puede ocurrir que el pueblo imite los bailes que la burguesía ejecuta para su diversión en los salones, y un baile sujeto a estrictas normas coreográficas y a movimientos pautados, la contradanza, se convierta en Cetina en una misteriosa danza de plenilunio, con antorchas, extraños vestidos que hasta podrían remedar los de los bailes medievales de la muerte para los que los componentes compongan “cuadros plásticos” que lo mismo “bandean campanas” que imitan el Neptuno o “dios de las aguas” del monumento zaragozano.

El tópico de lo “popular” según el sentido que al concepto da el Romanticismo, hace que cada zona de España tenga su baile regional” y la jota aragonesa es el nuestro. Actualmente convertido en un símbolo esencial aunque históricamente se constituye como hoy la conocemos a fines de siglo XVII si hacemos caso al villancico “De esplendor se doran los aires” y no cabe duda de su fuerza, variedad y polivalencia han hecho que, desde finales del siglo XIX haya desalojado, como ha ocurrido con la “canta”, los demás bailes, incluso los de moda que se impusieron en Aragón, el fandango, el canario o el bolero, por citar algunos.

Indudablemente, el baile en su primitivo sentido ha dejado paso a la coreografía de los escenarios, a los mecanismos de los “grupos” y al olvido de los bailes de moda que, cosa curiosa, ahora se resucitan como tradicionales y propios. Por ejemplo, la invasión de bailes europeos desde fines del siglo XVIII popularizó mazurcas, polcas o valsos, procedentes de Polonia, Hungría o Austria; y en las montañas pirenaicas los bailes “tradicionales” resucitan los que el pueblo aprendió de los señores con la diferencia de que éstos cambiaron velozmente de modas y el pueblo conservó lo conocido y adoptado. Una adaptación del baile de salón a los usos populares tenemos “el bolero de Caspe”, que se hace llegar de Castellote y “a caballo de un burro como un peirote” (es decir, el muñeco de paja de muchos festejos que cargan que cargan sobre el maniquí los defectos propios para condenarlos y hacerlos desaparecer purificándolos en la hoguera”). Las parejas de la versión popular repiten las reverencias de corte de inicio del baile señorial, pero como no tienen sentido para los ejecutantes, la dirigen no a la pareja a la que dan la espalda, sino al público. Muchos valles pirenaicos conservan bailes franceses, otros de corro como “La Canastera” y hasta alguna localidad introduce el Himno de Riego como compás popular, derivado no de afanes republicanos sino de posición oficial del



canto, que en realidad fue adaptación de un canto asturiano durante la guerra de la Independencia.

En lo que se refiere a los bailes antiguos, bucear en ellos es fácil y en las narraciones de celebraciones aparecen referencias a los que ejecutaban en las fiestas reales o aristocráticas. El pueblo mirará, envidiará e imitará los pañizuelos que las damiselas llevarán en la mano para paliar contactos sudorosos se convertirán en “bailes de pañuelos”, pero cuando se narren las fiestas que los pueblos cumplían al paso de personajes reales se dice, simplemente, que saltaban y brincaban, como hicieron en Cariñena al paso de Carlos II con su séquito.

Es imposible en el breve espacio de este artículo explicar características y decidir orígenes y modos. Pero piénsese, por ejemplo, que en Cetina, además de la famosa Contradanza, existe el dance de San Juan Lorenzo, con lo cual queda claro que se diferencian dos manifestaciones, en las que el título de “contradanza” nada tiene que ver con baile campestre que es el significado de la palabra inglesa ni con lo que se asentó en los salones del XVIII.

Un fenómeno característico es la difusión del bolero, bien sea el citado de Castellote transplantado a Caspe o los de San Mateo de Gállego, Tauste, Alcañiz y el tío Tieso o Valdealgofra, pero las letras denuncian con sus referencias a Madrid de donde viene el baile.

Para terminar estas deslabazadas notas vale la pena que recojamos bailes que indican que hubo una moda generalizada que adquirió características especiales en cada localidad, importando menos el

ritmo musical y los movimientos coreográficos que el rito de su celebración. El alacay de Ansó otorga papel especial a los mayordomos de una cofradía y visten el traje de iglesia quienes lo bailan; el baile de los roscos de Gistain comporta que el rostro cuidadosamente amasado de la mujer, lo luzca el hombre mientras bailan, colgado de los hombros; un desfile bailado de muchos pueblos es la pasavilla, el Pilinario de Fabara, el Pilé de Parras de Castellote, la zorra de Lechago, pero los textos mencionan bailes de taberna, jergonzas, señorios que en otros sitios se llaman reinaus, gitanillas, villanos, cadril gallegadas, pasatrés, agachadica, corrosquillas, baile de poll... y la enumeración se haría eterna.

Un baile sacro que incluye melodías profanas y populares es el de los gigantes y cabezudos inseparable del bailes (en Zaragoza iban a bailar, como en un rito, a la puerta de las viviendas de los concejales). Otros bailes singulares de los que no podemos ocuparnos son los de niños y niñas, del tin-tán, los combinados con juegos de comba.

*Arriba danzantes de Yebra de Basa en plena actuación.*



Referencia Bibliográfica:  
Antonio BELTRÁN, Introducción al folclore aragonés, II C, 156-262, Cantos y bailes, Guara Editorial, Zaragoza, 1980.